

—Calla, hombre! que amarillo te has puesto!—continuó, dirigiéndose á Ludovico—¿te espanta ver que no pega tu cuento?

Efectivamente, Ludovico estaba pálido y temblando; el nombre del hijo del señor Gonzaga, pronunciado por el tío Antonio cuando ménos lo esperaba, le habia causado una impresion indecible.

Aun cuando haya justicia y razon para matar á un hombre, cualquiera cosa que recuerda el acontecimiento produce en el matador, cuando su alma no está completamente pervertida, una sensacion horrorosa.

Ludovico habia matado á Fernando en defensa propia y obligado por imperiosa necesidad, pero sentia todavia en su rostro la sangre caliente de su víctima, y le horrorizaba pensar que habia arrebatado la vida á un semejante suyo.

El juez notó, lo mismo que el tío Antonio, la inmutacion y el movimiento de horror de Ludovico, y se convenció al punto de que era culpable.

Insistió en que declarase quienes eran sus cómplices, le encaró con los hombres que habia aprehendido la policia como autores del robo, y aunque nada logró adelantar, mandó poner en absoluta comunicacion á Ludovico, y envió á buscar al señor Gonzaga para participarle la importante captura que se acababa de hacer, y comunicarle las esperanzas de dar pronto con los demas delincuentes, gracias á su actividad y á su eficacia.

Era admirable la perspicacia del señor juez de instruccion de Cádiz, y solo podia compararse con el acierto de la policia, que entre todos los que habia capturado no contaba uno solo de los consocios del Cura.

## XXVIII.

## Los males nunca vienen solos.

Cerca de tres meses habian pasado desde la noche en que el atrevido golpe de mano del Cura y sus compañeros habia privado al señor Gonzaga de su crédito y de su fortuna.

La causa contra los ladrones guardaba el mismo estado.

Ludovico y los demas aprehendidos continuaban presos, y los pocos socios del Cura que no habian logrado salir de la ciudad, y entre los cuales se hallaba el cajero de la casa Gonzaga, disfrutaban de la vida lo mejor que podian.

El señor Gonzaga estaba inconsolable. El niño Mário, que le distraia grandemente en otro tiempo, habia caido enfermo de escarlatina, y daba pocas esperanzas de vida.

La pérdida repentina de su fortuna, conquistada á fuerza de años de honradez y de trabajo, preocupaba atrozmente al respetable anciano, que no podia acostumbrarse á la idea de no cubrir sus compromisos y de paralizar las operaciones de su casa por falta de numerario.



Habia aun mas; ninguna noticia tenia de su hijo ni de Paco, y esto no contribuia poco á su inquietud.

Su carácter se resintió enormemente de estas contrariedades de la suerte. De sério que era se convirtió en adusto. Comenzó por estar triste y pesaroso, y degeneró en melancólico é hipochondriaco. Nadie podia sufrirle y él mismo no se sufría.

Para nada bajaba al escritorio, y pasaba muchos dias en la cama sin querer ver la luz, ni que le hablasen.

Así es que los negocios, en vez de enderezarse, caminaban de mal en peor, y los acreedores de la casa se ponian de acuerdo para pedir una cesion de bienes en su favor.

Solo dos cosas animaban un poco al buen anciano; recibir su correspondencia, en la que buscaba inútilmente alguna carta de Paco ó del cónsul español en Pésaro, y la visita de nuestro antiguo conocido el Doctor, que se habia convertido en su médico de cabecera y le llevaba noticias de Mário.

Eran las diez de la mañana, y el señor Gonzaga estaba de peor humor que de costumbre; habia determinado no levantarse, y cuando entró el Doctor á su habitacion, le suplicó cubriese con lienzos las hendiduras de las puertas para que no penetrase un solo rayo de luz.

—Se está usted matando, señor—le dijo el Doctor.

—¡Matando! Al contrario, tomo precauciones contra la muerte.

—Debia usted distraerse, salir al campo, comer bien, entretenerse en algo.

—Ah! amigo mio, usted quiere burlarse de mí; no puedo moverme y me encuentro sin alientos para levantar la cabeza de la almohada.

—Vamos, señor, un pequeño esfuerzo.

—¡Imposible!

—Es que si usted no procura distraerse y salir de ese estado

de abatimiento en que se halla, se lo repito, va á apresurarse la muerte.

—¡La muerte! ¿La muerte ha dicho usted?

—Sí, señor.

—¿Y yo me la apresuro con estarme acostado?

—Es evidente.

—Vamos, quiero vestirme, voy á bajar al escritorio; ayúdeme usted, Doctor.

El Doctor se apresuró á darle la ropa y comenzó á ayudarle á vestir.

—¿Conque ese chico va bien?

—Sí, está algo mejor; pero tiene que guardarse del aire cuarenta dias.

—¿Lo ve usted, Doctor? el aire. Por algo no quiero yo que penetre el aire aquí.

—Es que no todas las enfermedades son iguales. Ademas, usted no está enfermo.

—¿Que no estoy enfermo! Mire usted como me enflaquezco á ojos vistas.

—¡Bah! aprehensiones; si continúa usted con esta vida claro es que se enflaquecerá de veras—y el Doctor procedia con increíble actividad á vestir al anciano.

—¿Habrán traído el correo?

—Le leerá usted allá abajo si le parece bien.

—Nó, quiero leerle aquí, solo.

—La idea de todos los dias—pensó el Doctor, y luego agregó en voz alta.

—¿Quiere usted que mande subir la correspondencia?

—Sí.

El Doctor salió á dar la orden y abrió de par en par la puerta del balcon.

El señor Gonzaga se llevó las manos á los ojos deslumbrado.



—¿Quiere usted dejarme ciego, demonio de hombre?— dijo.

A poco entró el criado con algunas cartas que entregó respetuosamente al señor Gonzaga.

Este las tomó con avidez y comenzó á abrirlas, dejándolas á un lado luego que las recorria superficialmente.

De repente dió un grito desgarrador, y cayó privado de sentido sobre la cama donde se hallaba sentado.

El Doctor le hizo aspirar álcali, y pronto volvió en sí.

—¡Muerto!—decía— ¡muertos los dos! ¡que fatalidad tan grande me persigue!—y se apretaba las manos y veía con extraviados ojos al Doctor.

La carta que le habia causado tan deplorable efecto y que tenia aun en la mano, contenia lo siguiente:

“MUY SEÑOR MIO:

“En debida contestacion á la que se sirvió usted dirigirme pidiéndome noticias de su hijo el señor don Fernando Gonzaga que vino á este puerto hará unos siete meses, tengo el sentimiento de manifestarle que de los informes que he tomado de las autoridades de la ciudad resulta que el mencionado señor Gonzaga fué víctima, hace medio año, de un crimen misterioso en las ruinas de una casa incendiada.

“Las indagaciones que he tenido que hacer con motivo de la carta de usted han arrojado inmensa luz sobre este desgraciado asunto, pues no se habia logrado reconocer el cadáver, y solamente se decia en el pueblo que era de un extranjero.

“He excitado á las autoridades de aquí para que procedan lo mas activamente posible á la averiguacion de todas las circunstancias del delito y al severo castigo de los que resulten culpables, y espero que pronto quedará la vindicta pública sa-

tisfecha y mitigado el justo dolor de usted, cayendo pesada la mano de la justicia sobre los perpetradores de tan horrendo crimen.

“Envio á usted esta por el paquete-correo y no con su comisionado, porque este ha sido víctima de una desgracia no ménos espantosa que la que arrebató á usted á su hijo. Se bañaba en la embocadura del rio, y en un lugar donde abundan los tiburones, y fué engullido por uno de estos animales.

“Todo lo que tengo el sentimiento de poner en conocimiento de usted contestando su citada carta, y con este motivo me ofrezco á sus órdenes, etc.

GABRIEL RIVAS.

Cónsul de S. M. C. en Pésaro. (Italia)”

La hipocondría del señor Gonzaga fué desde aquel punto en aumento, y degeneró al fin en monomanía.

El Doctor, adepto tan entusiasta de la ciencia, tuvo que confesarse á sí mismo que hay enfermedades para las cuales son ineficaces todos sus recursos, y que la naturaleza tiene aun innumerables secretos que no se descubrirán hasta la consumacion de los siglos.

Todo lo que hizo por salvar al señor Gonzaga fué inútil. Este se consumió lentamente, y murió llevándose consigo al sepulcro las últimas esperanzas de sus acreedores, que cayeron como aves de rapiña sobre lo poco que allí habia.

El Doctor hubiera querido llevarse á Mário, pero su vida aventurera no le permitia hacerse cargo del chico, que ya completamente curado y concluida la cuarentena, fué recogido por el tio Antonio, que como todos los de la casa, se habia aficionado al chico y decia que iba á hacer de él un hombre grande.



De la enorme fortuna de su abuelo nada le quedaba al pobre niño, y si no hubiera encontrado abiertos los brazos del tío Antonio, se habría muerto de hambre en las calles de Cádiz.

## XXIX.

## De como Mario fué convertido en Mauricio.

Acaso no habrá uno solo de nuestros lectores que no haya tenido ocasion de notar los trastornos que origina en una casa la muerte del gefe de ella. La expresion comun "se desbarata la casa" da una idea exacta de lo que sucede despues que el cadáver es conducido al cementerio. La familia, si la hay, una vez perdido su centro de union, se divide y abandona el hogar paterno, adonde suelen quedar solamente la viuda y los huérfanos pequeñuelos.

El señor Gonzaga no tenia familia. Muerto Fernando, el niño Mário debía heredar la gran fortuna de su abuelo, pero ningun título le acreditaba como heredero; el anciano habia fallecido sin hacer testamento, y el robo cometido por el Cura y sus amigos habia embrollado de tal manera los negocios de la casa, que no era posible arreglarlos por lo pronto. Por otra